

nacionales, para tributar un férvido voto de aplauso al hidalgo monarca español que es hoy el genuino representante de nuestra raza y gloria purísima de la gente española; a la egregia reina doña Victoria; al Excelentísimo señor marqués de Magaz, presidente interino del Directorio; a la eminente escritora doña Blanca de los Ríos de Lampérez, y a los demás personajes ilustres que tomaron parte en la fiesta. Y felicitamos de corazón al Excelentísimo señor don Guillermo Camacho Carrizosa, ministro de Colombia en España, por la manera irreprochable y magnífica, como ha representado a su Patria en el desagravio a Caldas, hecho sin precedente que estrechará más y más la cordial amistad entre la madre y la hija, entre España y Colombia.

CALDAS

(Tomado de la *Antología de poetas hispano-americanos*)

Aunque estéril para la poesía, la segunda mitad del siglo XVIII fue en Bogotá de gran movimiento y transformación intelectual, la cual puede decirse que se determina entre dos fechas memorables, la expedición botánica de don José Celestino Mutis en 1760, y el viaje de Humboldt y Bonpland en 1801. El gaditano Mutis, de quien dijo Linneo *nomen immortale quod nulla aetas unquam delebit*, y a quien apellidó Humboldt «ilustre patriarca de los botánicos del Nuevo Mundo,» fue el iniciador de la vida científica en el Ecuador y la Nueva Granada.

En 1762 abrió una cátedra de matemáticas y astronomía en el Colegio del Rosario, donde expuso el sistema copernicano, inaudito aún en las escuelas de

la América del Sur. Mutis formó y educó una generación de físicos, matemáticos y naturalistas, entre los cuales brillan los nombres de don Francisco Antonio Zea, que andando el tiempo llegó a ser director del Jardín Botánico de Madrid; de don José Domingo Duquesne, que escribió una disertación sobre el *Calendario de los muiscas*; de don José Manuel Restrepo, autor del *Ensayo sobre la geografía, producciones, industria y población de la provincia de Antioquia*; de don Francisco Ulloa, que lo fue del *Ensayo sobre el influjo del clima en la educación física y moral del hombre en el Nuevo Reino de Granada*; de don Jorge Tadeo Lozano, don Eloy Valenzuela, don Joaquín Camacho y otros varios, y del más ilustre que todos ellos, don Francisco José de Caldas, víctima nunca bastante deplorada de la ignorante ferocidad de un soldado a quien en mal hora confió España la delicada empresa de la pacificación de sus provincias ultramarinas.

Caldas, botánico, geodesta, físico, astrónomo, y a quien sin hipérbole puede concederse genio científico de invención, formó un herbario de cinco a seis mil plantas y dio grande impulso a la geografía botánica de la América del Sur, determinando los perfiles y las diversas ramificaciones de los Andes en la extensión de nueve grados de latitud, para dar a conocer la altura en que vegeta cada planta, el clima que necesita para vivir y el que mejor conviene a su desarrollo; inventó un método para medir alturas mediante la proporción entre el calor del agua hirviendo y la presión atmosférica; estrenó en 1805 el Observatorio astronómico de Bogotá, fundado por Mutis, y le dirigió con honra por espacio de cinco años; y como prosista didáctico, vigoroso, grandilocuente a veces, rico de savia y de imaginación pintoresca, dejó admirables fragmentos en sus

Memorias sobre la geografía del Virreinato y sobre *el influjo del clima en los seres organizados*, donde hay páginas no indignas de Buffon, de Cabanis, de Humboldt. Estos y otros estudios de vulgarización científica, animada y brillante, se imprimían en el *Semanario de la Nueva Granada*, memorable revista que desde 1808 a 1810 dirigió Caldas. Allí están las primicias de la cultura bogotana, que de un salto pareció ponerse al frente de la de todas las demás regiones americanas, sin excluir a México, donde paralelamente había comenzado a desarrollarse un movimiento análogo.

Bogotá, que tuvo el primer observatorio de América, como México la primera escuela mineralógica y el primer jardín botánico, precedió también a la mayor parte de las capitales del Nuevo Mundo, sino a todas, en abrir una biblioteca pública desde 1777. Bajo el paternal gobierno del arzobispo- virrey don Antonio Caballero y Góngora y de don Joaquín de Ezpeleta, se ampliaron las dotaciones de los establecimientos de enseñanza, se crearon otros nuevos de medicinas y ciencias, se reformaron los planes de estudios en el sentido de la investigación experimental y de la libertad científica, y una masa enorme de libros, introducida, ya directamente, ya por medio del contrabando, vulgarizó en la colonia todas las ideas, buenas y malas del siglo XVIII. Si nuestros gobernantes no llegaron a prever con tiempo que el espíritu ardiente de los criollos no había de contentarse mucho tiempo con la ciencia pura, sino que había de lanzarse rápidamente a las extremas consecuencias políticas que en aquella cultura venían envueltas, aun esta misma generosa imprevisión es para sus nombres un título de gloria.

MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO